

ANTONIO SMITH

(HISTORIA DEL PAISAJE EN CHILE)

POR

VICENTE CREZ



SANTIAGO

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LA ÉPOCA

25—Segunda Galería San Carlos—25

1882

A Eduardo de la Barra L.

Recuerdo del autor

29 de Marzo de 1883.

ANTONIO SMITH

ANTONIO SMITH

(HISTORIA DEL PAISAJE EN CHILE)

POR

VICENTE GREZ



SANTIAGO

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LA ÉPOCA

25—Segunda Galería San Carlos—25

1882

AL LECTOR:

Pocas historias mas simpáticas para ese pequeño mundo de literatos, de artistas i de bohemios santiaguinos que la de Antonio Smith: vivió tanto tiempo entre ellos, consagrado, mas que a los trabajos de su arte, a la charla fecunda i amena de los talleres; amaba con tanta pasión la molición de esa sociedad de soñadores que levantan palacios i castillos con la misma facilidad con que se beben una copa de buen vino, que es imposible no se recuerde por mu-

cho tiempo a ese espíritu poético i melancólico vaciado en un molde mefistofélico.

Al escribir esta lijera biografía del artista, no nos dirijimos a los jueces de mirada torva, ni a los hombres frios i de una seriedad aterradora, sino a las jentes que sienten, que aman el talento i el arte, que perdonan las caidas del prójimo, sin mandar a presidio al delincuente, i solo talvez en homenaje a las propias faltas.

Antonio Smith es una de nuestras glorias nacionales, una de nuestras escasas glorias artísticas, i al recordarle no podemos ménos de enorgullecernos de haberle poseído. Es éste uno de los triunfos i una de las pequeñas ventajas del talento sobre las efímeras glorias de la fortuna. La muerte, ménos todavía, una pequeña catástrofe cualquiera concluye con esas elevadas posiciones sociales que lo deben todo a sus buenas rentas: el verdadero mérito, al contrario, principia a vivir con la muerte. ¡Cuántos poderosos pasan sin dejar rastro, i si lo dejan es de lágrimas! Pero el hombre de corazon i de talento deja siempre en pos de sí

una huella luminosa, que sirve para alumbrar a los pueblos en la senda de su gloria.

En efecto, cuando se compara la grandeza de las naciones se llega siempre a este punto: veamos; comparemos sus escritores, sus políticos ilustres, sus filósofos, sus oradores, sus poetas, sus artistas, sus guerreros heroicos! I se discierne la superioridad a la que ha producido los mejores.

Smith era pobre, era, talvez, un escéntrico, i lo que se llama en otras partes un «bohemio»; pero tenia un corazon sensible i entusiasta, i una cabeza henchida de imájenes i de sueños.

Bajo este punto de vista hemos creido habría quienes leyeran con mas gusto unas cuantas-páginas sobre Smith, que el método de hacer quesos de M. Heuzé. Escribimos para ésos.—
V. Grex.

I

Cuando le conocí por primera vez, Antonio Smith tenia apenas treinta i cuatro años. Poseia una de esas fisonomias que se gravan en la imaginacion i que no se podrian confundir con ninguna otra, ni aun en el dia en que todos los hombres se reunan en el valle de Josafat. Aquel rostro tenia una estraña mezcla de ternura i de ironía. Una cabeza que parecia chica para los pensamientos que en ella se hospedaban, frente poco espaciosa, ojos soñoliento, cejas arquea-

das como las de Mefistófeles, nariz grande i algo inclinada a la derecha. Una espesa cabellera negra, bastante descuidada, completaba esta fisonomía típica: artística por excelencia. Esta cabeza llena de espresion, estaba colocada sobre un cuello largo. Parecia una cabeza clavada sobre una pica. Se le veia desde léjos, i sin ser demasiado elevado, dominaba entre la multitud.

A primera vista el sentimiento que inspiraba Smith era el de la simpatía: franco, descuidado, jovial, no se necesitaba sino de estrechar su mano para conocerle a fondo. Su alma se revelaba a todos los que se le acercaban, sin el menor preámbulo, sin la mas lijera afectacion, sin ocultar nada. Despues de tratarle un momento uno se decia interiormente:—«¡A este hombre le conozco hace mucho tiempo!»

Smith era, pues, lo que se llama un hombre feo pero simpático. Por otra parte, los hombres intelijentes ¿pueden ser feos? Dificilmente. Vaga siempre al rededor de esas fisonomías una sonrisa reveladora, hai siempre en esas

frentes el surco de alguna idea, brota de esos ojos algun relámpago que ilumina hasta las mas profundas oscuridades del alma. Los hombres lindos se hacen amar durante un dia i ostigan a la mañana siguiente; los hombres feos han inspirado las grandes pasiones, se han hecho amar eternamente. Mirabeau i Danton eran casi monstruosos i ya se sabe como fueron amados. El amor que se inspira en las dotes del corazon i de la intelijencia, no puede sino ser mucho mas profundo i durable que el que tiene por base la forma, la máscara mas o ménos agradable, es decir la materia.

Antonio Smith era orijinal i ceremonioso en su conversacion; hablaba pausadamente dando un acento grave a su palabra, sonreia de una manera fina i punsante. La sonrisa ha sido siempre entre los hombres de talento el mas elocnente medio de espresion. Enrique Heine refiere que cuando fué a visitar a Goethe, no halló cosa mejor que decir sino que las ciruelas que caian de los árboles en la carretera de Jena a Weimar, eran exelentes contra la sed, lo que

hizo sonreír dulcemente al Júpiter de la poesía alemana. Si hubiérais dicho una necesidad semejante en presencia de Smith, os hubiera dejado helado con su sonrisa.

A pesar de encontrarse en toda la fuerza de su juventud, Smith tenía el aspecto de un hombre abatido mas que por los efectos de una enfermedad, por la pereza i el cansancio. ¿Era el cansancio de una vida sin atractivo o el descontento natural que debe apoderarse del alma del artista, del verdadero i grande artista, en una sociedad en que el talento no entusiasma a nadie, i en que las mas bellas producciones desaparecen bajo la indiferencia mas fria?

Muchas veces nos hemos explicado así su eterno desden, su tristeza, su risa sarcástica. El arte necesita para vivir de la gloria i del aplauso constante, pues solo el calor del entusiasmo pueden jermínar esos grandes pensamientos que se arrojan a la humanidad en la forma de un cuadro, de un libro o de una estatua de mármol.

II

Antonio Smith nació en Santiago, en setiembre de 1832.

Su padre, don Jorje Smith, de nacionalidad inglesa, desempeñó por muchos años el consulado británico en Santiago, i su madre, la señora Cármen de Irisarri, era hija del eminente escritor i hombre de estado don Antonio José de Irisarri, i hermana del poeta Herimójenes de Irisarri. El hogar de Antonio Smith, era, pues, rico como ninguno en tradiciones literarias; i

si es verdad que el talento es hereditario, lo que no siempre se prueba, mas de una divina chispa desprendida de esos dos poderosos cerebros iluminarian el claro i poético espíritu del jóven artista.

Esa mezcla de sangre latina i sajona hizo naturalmente su obra, i por eso se veia con sorpresa en Smith en medio de su calma i flema británicos, de su laconismo de espresion, de sus tristezas i de su aparente sobriedad, esos arranques impetuosos, esas ocurrencias chispeantes i esas bellas imájenes que se sucedian en la conversacion como una série de telas de colores.

Pero el jóven Smith, a pesar de la riqueza de su talento que él no ostentaba por indolencia, no hacia abrigar a sus parientes una esperanza halagadora sobre sus dotes intelectuales; perezoso hasta la exajeracion, descuidaba por completo los estudios que debian hacer de él, segun los deseos de su familia, uno de los grandes abogados de su tiempo.

Las inclinaciones del jóven eran de las mas

alarmante: manifestaba una repugnancia invencible por el estudio del latín, i cada vez que tomaba en sus manos esta gramática, era solo para entretenerse cubriendo sus márgenes con dibujos i caricaturas, en que se burlaba cruelmente de Nebrija i de todos los latinos que el desapiadado maestro creó entre nosotros. Estas caricaturas se reproducian infinitamente entre la juventud.

Tan cómicas producciones interpretaban el sentimiento jeneral, i no solo servian para dar a conocer el talento critico de Smith, sino para crear una atmósfera de admiracion i de cariño hácia el espiritual e inspirado paladin, que aparecia atrevidamente resuelto a burlarse de la mas arraigada i venerable preocupacion literaria de la época. El lápiz de Smith se hacia célebre ántes que su pincel.

Estos triunfos de colejial avivaban sus sentimientos i gustos artísticos i le hacian entrever estensos horizontes para su porvenir. Pronto el carton i el lápiz no bastaron a las necesidades de su inquieto espíritu; sus fuerzas

creadoras buscaban anciosas como satisfacerse; sus trabajos de ayer eran ya solo triviales ensayos, tumultuosas imágenes llenaban su cerebro, una ansia divina de trabajo i de poesia le atormentaba. Habia en su alma una mezcla de estraños sentimientos: la burla, la ironía i la crítica; la poesia, la ternura i la melancolía.

Con sus economias de colejial compró telas, pinceles i pinturas, i desplegando ardoroso vuelo compuso sus primeros paisajes, consultando mas las inspiraciones de su alma que la verdad de la naturaleza. Sin preparacion i sin estudio se puso a producir. ¡Qué paisajes aquellos! Eran una confusa aglomeracion de líneas i colores en que a veces se entresacaba una gran pincelada maestra que anunciaba al artista.

Estos triunfos ruidosos pero efimeros, en vez de servir a su carrera, le creaban adversarios poderosos en el seno de su propio hogar. Su abuela, la señora Trucios, no podia conformarse con que su nieto abrazara una profesion que para ella era casi la de un humilde obrero.

La orgullosa dama inició las hostilidades despedazando las telas, las paletas, los pinceles i las pinturas del artista, i como si hubiera temido que esos trozos pudieran juntarse nuevamente, los arrojó en un resumidero.

Cuando el jóven Smith regresó del colejo, supo la historia de la tremenda catástrofe i del cruel castigo de su abuela. Su corazon sufrió uno de esos golpes que no se borran jamas de la memoria del niño i del hombre. La desesperacion se apoderó de su alma. Al ver la desaparicion de esos objetos queridos, sus ilusiones se dispersaron como las perlas de un collar que se rompe, i él, que nunca habia llorado, derramó ese dia torrentes de lágrimas.

Este primer contraste no le desanimó; al contrario, la lucha i la persecucion de que era objeto, dieron brios a su alma indolente pero apasionada. Hizo nuevas economias i reemplazó por otros sus pinceles despedazados. Pero esta vez amenazó de una manera terrible al que osara poner sus manos sobre esos sagrados objetos. La amenaza tuvo eco; i ya fuera

por no alterar la tranquilidad doméstica, o por creer ineficaz la lucha con ese carácter resuelto e indomable, se le dejó en completa libertad i se le abandonó a su triste destino de artista.

III

Los tiempos eran escepcionales i brillantes para abrazar una carrera artística. Una poderosa corriente intelectual lo removía todo, hombres e ideas, despertando un entusiasmo vivísimo cuanto significaba un progreso del espíritu. Se trataba de rehacer con elementos nuevos nuestro viejo organismo social. Se atravesaba la aurora de una vida de inmensas esperanzas.

El Instituto Nacional estaba en todo su au-

je. Lastarria, Varas, Coursell Seneuil, Gorbea, Sazie, García Reyes, Solar, Vendel-Heyl, Güemes, eran nuestros maestros. Con semejantes conductores la juventud marchaba confiada hacia un ideal de justicia i de libertad, i el Instituto producía alumnos que se llamaban Justo i Domingo Arteaga Alemparte, Alberto, Guillermo i Joaquín Blets Gana, Guillermo Matta, Isidoro Errázuriz, Benjamin Vicuña Mackenna, Ambrosio Montt, Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, Paulino del Barrios, Adolfo Valderrama, Francisco Bilbao, Jorge Huneus, Abdon Cifuentes; hasta el seminario producía alumnos como Federico Errázuriz i Manuel A. Matta. En el congreso brillaban oradores como Varas, Montt, Tocornal, Lastarria, Santa María; en la prensa una numerosa juventud luchaba i se creaba un nombre ilustre. Manuel Blanco Cuartín colaboraba en todos los periódicos literarios, Benjamin Vicuña Mackenna se estrenaba con sus *Páginas de mi diario*, especie de heraldo de la inmensa i variada serie de sus obras, Alberto Blest Gana

daba a luz sus primeras novelas, admirables pinturas de costumbres i de caractéres que han hecho de ese autor nuestro Balzac; Guillermo Blest Gana i Eusebio Lillo publicaban sus primeros versos, aquél en un volúmen que alcanzó gran éxito i éste en las columnas de las revistas. Cárlos Bello, José Antonio Torres i Martin Lira, que cayeron tan jóvenes en la fosa de la muerte, despues de haber lanzado en sus versos gritos desesperantes, obtenian tambien repetidos triunfos, i finalmente, Guillermo Matta, que anunciaba su aparicion con una especie de ruidoso aleteo de águila.

Este fecundo movimiento literario, hacia creer que algo nuevo i extraordinario se iniciaba con aquella brillante jeneracion, i ese algo era sin duda la creacion de de nuestra literatura, la preocupacion de lo que es bello i elevado, la eleccion de la verdad en el pensamiento i de la delicadeza en la espresion.

IV

La afición por las bellas artes tomaba también vuelo inesperado, gracias al afortunado arribo a nuestras playas de algunos artistas distinguidos, entre ellos el célebre pintor francés M. Raimundo Monvoisin, que había desparamado por nuestros salones, con prodijiosa fecundidad, una série de cuadros admirables que educaban nuestro gusto artístico en la infancia.

Monvoisin era el artista mas notable que

hasta entónces se haba establecido entre nosotros. Era una reputacion europea que despues se afianzó sólidamente. Antes de su viaje a Chile, fué director de la escuela francesa de pintura en Roma, puesto que habia abandonado, segun se decia, a instancias del señor don Francisco Javier Rosales, nuestro ministro en Francia, seducido con la esperanza de ser nombrado director del museo i escuela de pintura que se proyectaba fundar en Santiago.

No fué ese, sin embargo, el motivo del viaje de Monvoisin a Chile.

Ni era posible creer que ese artista eminente, quisiera cambiar su brillante posicion de jefe de la escuela francesa de Roma, por la vaga promesa de venir a dirijir una oscura escuela de pintores en el extremo de un mundo todavía desconocido. Su viaje a Chile tuvo por causa, como lo repetia la chimosgrafia de la época, ruidosas i desgraciadas aventuras de amor, en las que habia tenido por rival, i rival afortunado, al conocido novelista M. Paul de Kock. La lucha habia sido terrible entre los dos ad-

versarios, i M. Paul de Kock, cruel hasta el esceso, habia ridiculizado a su rival en una novela titulada *Mon voisin Raymond*, cuyo protagonista no era otro que M. Raymond Monvoisin. El gran artista vencido i aplastado por el gran novelista del mundo alegre de Paris, huyó precipitadamente al nuevo mundo para no escuchar el ruido de las rechiflas i carcajadas que le acediaban a su paso.

Durante los ocho años que Monvoisin residió en Santiago (1) ejecutó una série de obras notables. Todo lo abarcaba su brillante i fecundo pincel. Retrató a las damas mas bellas i a los hombres mas distinguidos de nuestra sociedad, compuso cuadros históricos de gran valor, entre los que figuran como los mas célebres *La Caída de Robespierre*, *La última cena de los Jirondinos*, *El Alhi*, *Eloisa leyendo las cartas de Abelardo*, i otros muchos que hoi constituyen el orgullo artístico de nuestras

(1) Monvoisin llegó a Chile en 1845 i regresó a Europa en 1855; pero durante ese período hizo un viaje al Brasil que duró dos años.

galerías particulares. La catedral de Concepcion posee un admirable *Cristo descendiendo de la Cruz*, que fué adquirido por la suma de cinco mil pesos. Monvoisin formó tambien algunos discípulos, entre los que sobresalieron don Francisco Mandiola, don Gregorio Torres i doña Procesa Sarmiento, los dos últimos de nacionalidad arjentina.

La influencia artística que Monvoisin ejerció entre nosotros, fué, pues, de lo mas benéfica. Enseñó a nuestra naciente sociedad a amar lo bello, puso ante sus ojos obras que podrian llamarse maestras i la inició en esos secretos de sentimiento que solo sabe comunicar el verdadero talento. Si no ejerció una influencia mas vasta todavía en el porvenir artístico de Chile, fué porque desgraciadamente, los recursos del gobierno no permitian en aquella época pagar al director de nuestra escuela de pintura un sueldo como el que exijia con justicia el gran artista.

V

Hacia algun tiempo que el Gobierno proyectaba fundar en Santiago una escuela de pintura; para que la dirijiera habia enviado a estudiar a Francia a un jóven de precoz i brillante talento, que se habia distinguido como discípulo de Morales, el único pintor de algun mérito que en esa época residia en Santiago. Ese jóven se llamaba Francisco Gana, i era hermano de la reputada artista dramática doña Mercedes Gana.

El jóven artista hizo en Europa rápidos i notables progresos. Era para su patria una esperanza halagüeña; desgraciadamente, cuando regresaba a Chile, en 1846, falleció a bordo de la nave que lo conducia, a la altura de Chiloé.

En algunas galerías particulares de la capital se encuentran hermosos estudios, cróquis i bocetos, obras del pincel de Gana, que honran su memoria.

Don Salvador Sanfuentes, que a pesar de ser poeta i de publicar poemas i romances ocupaba en 1848 el Ministerio de Justicia, Culto e Instruccion Pública, habia contratado en el Brasil, donde desempeñaba el puesto de pintor de cámara del emperador, al maestro que debia dirigir nuestra futura academia de pintura.

Era ésa la época en que Chile veia con placer arribar a sus playas hombres distinguidos que venian a enseñarle a dar los primeros pasos en las ciencias i en las artes. Don Amado Pissis, el eminente jeógrafo que levantó mas tarde el plano topográfico de la República, realizando una obra admirada en la misma Euro-

pa, i el arquitecto M. Brunet de Baines, que iba a iniciar la transformacion de Santiago, construyendo sus mas hermosos monumentos, llegaron a Chile al mismo tiempo que M. Alejandro Cicarelli.

Este artista venia precedido de una gran reputacion. Se ponderaba la belleza de dos de sus obras orijinales: *Telémaco* i *Filoctetes abandonado*, que figuraban con honor en la galería del palacio Borbónico de Nápoles. Los enemigos de Monvoisin, exajeraban el mérito de Cicarelli, pretendiendo levantar un rival que le eclipsara; pero sus intentos fueron vanos. Cicarelli, pobre compositor i detestable colorista, era solo un mediocre artista. Habia disipado su juventud i gastado sus pinceles en hacer copias de cuadros religiosos i algunos orijinales de escaso valor. Ostentaba con orgullo un cuadro orijinal que era tambien su obra maestra, i que, a pesar de sus enormes proporciones, llevaba siempre consigo, como se lleva en el ceno una reliquia. Ese cuadro, que se exhibia de año en año en todas las esposiciones de Santiago,

representaba al rei de Nápoles pasando una revista a cuarenta mil hombres de su ejército, en compañía del archiduque Carlos i su hijo. Por cierto que en la tela no se veia un número tan considerable de tropas; pero el espectador se las podia imaginar perdidas en el fondo del cuadro u ocultas por el polvo que levantaba la caballería.

Pero a pesar de la pobreza de sus producciones, Cicarelli conservaba intacto en el fondo de su alma un verdadero culto por su arte i un ardiente deseo de reputacion. No pudiendo ocultarse a sí mismo que habia intentado todos los medios posibles para llegar a ser gran artista, sin poderlo conseguir, Cicarelli debió de arribar a Chile con verdadera e íntima alegría, pues en este país, en que el arte estaba en su infancia, iba a ser el primero, i a verse rodeado de admiradores sinceros i entusiastas. ¡Tristes satisfacciones a las esterioridades de una vanidad vulgar!

Tal era el hombre que iba a dirigir la futura academia de pintura de Chile. Deseaba en ob-

sequio de su propia gloria sacar grandes alumnos i hacer provechosa i brillante enseñanza; pero esta noble ambicion se estrellaba contra el insuperable obstáculo de su incompetencia artística.

VI

El 9 de marzo de 1849 tuvo lugar la instalacion de la academia de pintura.

«A las doce del dia, dice *El Progreso*, diario de aquella época, S. E. el Presidente de la República (que lo era el jeneral don Manuel Búlnes) los Ministros del despacho i demas corporaciones se dirijian desde la sala de gobierno a la de la Universidad, invadida ya por una numerosa i lucida concurrencia. El salon estaba sembrado de elegantes niñas que se habian pres-

tado a solemnizar con su presencia la instalacion de esta aurora de las artes en Chile; i a la verdad que nadie mejor que ellas podian dar animacion i vida a ese acto solemne, en que un artista distinguido se presentaba a abrir una academia pública, para empezar a ensayar una de las artes mas difíciles i mas nuevas entre nosotros, pero tambien la mas bella, la que mas nos presenta a la naturaleza en toda su simplicidad, bajo todas sus fases, con toda su poesía primitiva, con todo el encanto i bellos coloridos que sabe darle el pincel ejercitado de un maestro distinguido.

«El señor Cicarelli pronunció un magnífico discurso sobre el estudio de la pintura i de las artes en jeneral, remontándose a su orijen i yendo hasta Grecia i Roma. Su discurso es, como él lo indica, un cuadro, un todo compacto, que aunque reúne muchas pinceladas, todas ellas vienen a formar ese todo, ese cuadro histórico, si se quiere, en que estimula al estudio de la pintura relijiosa, haciendo ver lo conveniente que ha sido siempre i que seria aun entre noso-

tros, el colocar en los templos cuadros religiosos que inspirasen con su poesía sencilla i cristiana, i con la brillantez i golpe de vista que tanto alhaga al hombre del pueblo i que le entusiasma hasta la devoción.»

A este discurso del maestro, contestó don Jacinto Chacon con una composicion poética, de la cual reproducimos algunas estrofas.

«Todo rejuvenece,
Bajo la lei de Dios vivificante;
Mientras un mundo que brilló decrece,
Un mundo nuevo se prepara infante;
Mientras el Asia muelle caducaba,
Fuerte la Europa varonil se alzaba;
I hoi que la Europa a su vez declina
A su cenit la América camina.

.....
Musa napolitana (1)
Despierta, pues, la musa americana,
Prepara tus pinceles
De nuestra Aténas, oh, moderno Apéles!
Derrama el sacro fuego,

(1) Aludiendo a la nacionalidad de Cicarelli.

I crea aquí Canova i Rafaelles,
Que ya la noble juventud chilena,
Que ansiosa guarda el porvenir del griego,
De santo ardor i de entusiasmo llena,
Tu ciencia escucha, tu talento admira
I en tus trabajos ávida se inspira »

Se vé por la descripcion de esta fiesta, el entusiasmo de aquella jeneracion por todo lo que significaba un progreso, i la especie de culto que hasta los mas encumbrados personajes políticos de entónces rendian al talento i al arte. Desgraciadamente esa semilla bienhechora no dió los frutos que eran de esperarse; las viejas preocupaciones, que todo lo esterilizan, reaparecieron otra vez cubriendo de malezas el campo virjen de nuestros adelantos.

VII

El curso principal de la Academia que acababa de abrirse, constaba de las siguientes clases:

La primera de dibujo elemental a la estampa, dividida en tres secciones. La primera seccion, estudiaria principios i cabeza; la segunda, extremidades; la tercera, figura entera.

La segunda clase pertenecia al estudio del relieve o estátua i tenia las mismas secciones que la anterior.

La tercera completaba el curso de dibujo para la composicion histórica, por medio de la imitacion del modelo vivo, de un curso de anatomía práctica i otro de pintura i ropaje al natural. Recorridas las anteriores clases por el alumno, podia entrar al curso de composicion.

La Academia tenia alumnos de número i supernumerarios. A la primera especie pertenecian aquellos que demostraban mas sobresalientes disposiciones naturales i obtenian un nombramiento del Gobierno. Estos gozaban de todas las prerrogativas que proporcionaba el establecimiento a sus alumnos.

Como supernumerarios se admitian por el director a todos los que querian estudiar el dibujo por aficion o para dedicarse a otros ramos. Tales alumnos tenian derecho al concurso semestral que establecia el reglamento.

Miéntras el alumno seguia su curso de dibujo, deberia estudiar fuera de la Academia la gramática castellana, la jeometría i la historia. Al tiempo del exámen para pasar a la clase del modelo, el alumno debia conocer la mi-

tolojía, o a lo ménos los nombres o atributos de las divinidades griegas.

Para entrar a la composicion histórica, debia haber seguido un curso completo de literatura, o por lo ménos de retórica, i otro de filosofía, a fin de entender i hallarse en estado de expresar las pasiones que se desarrollan en la parte de la composicion. Debia tambien conocer los cinco órdenes de arquitectura i el dibujo del paisaje, «para poder formar los fondos de los cnadros.»

Cada seis meses la Academia celebraria un concurso para premiar a los alumnos que mejor dibujaran un objeto señalado por el director.

La clase de estampas tenia dos premios: uno para el mejor dibujo de cabeza i otro para el alumno que sobresaliera en el dibujo de una figura entera.

La clase de relieve o estátuas, i la del modelo vivo, tenian tambien dos premios semestrales cada una, análogos a los anteriores en sus respectivos ejercicios.

Todos estos premios consistian en moderados

auxilios pecuniarios señalados por el Gobierno, i correspondientes al rango de la clase i de la seccion a que pertenecia el alumno, a fin de ayudarle a costear los gastos de útiles para su aprendizaje.

El curso de composicion tendria su gran premio en la esposicion pública que debia establecerse.

VIII

La creacion de la Academia de pintura despertó gran entusiasmo en nuestra juventud, pues era una nueva carrera que se le ofrecia, en la cual podia adquirirse fortuna i gloria sin que fuera necesario ser doctor. Nuestra juventud, hasta hace poco comprimida, estrechada, ahogada casi entre el latin i los cánones, la teología mística i la escolástica, veia estenderse ante su vista horizontes mas vastos i brillantes. Ser artista! fué una frase que por la pri-

mera vez muchos se repitieron entusiasmados i llenos de esperanzas. ¡Ai! ignoraban en ese primer delirio juvenil que el arte necesita de muchas condiciones para vivir i desarrollarse, i que Chile, país nuevo, poco culto todavía, sin una antigua i brillante historia, sin una sociedad capaz de comprender i de entusiasmarse por lo bello, no podia ofrecer al artista opulenta cosecha sino amargos i mezquinos frutos.

Desde los primeros dias de la apertura de la Academia, sus asientos se ocuparon por completo. Casi todos los jóvenes que se incorporaron carecian de preparacion artística e ignoraban hasta esos conocimientos rudimentales que son la base de todo aprendizaje. La Academia habia sido para ellos un accidente de la casualidad i de la fortuna, que aprovechaban guiados solo por sus naturales inclinaciones. El maestro de esos bisonños debió de tropezar con enormes dificultades en esa primera época de su enseñanza. Cicarelli no solo dirigia la enseñanza artística sino tambien la intelectual de sus alumnos. Con una especie de énfasis sa-

cerdotal les pronunciaba discursos en que ostentaba todos los viejos resabios de la escuela en decadencia de que él era tan fastidioso i nimio observador.

Pronto, sin embargo, la flamante Academia principió a levantarse, surgiendo de entre sus compactas filas una que otra esperanza. Cicarelli, a pesar de su carácter lleno de rarezas, burlon i solemne a las veces, era empeñoso i leal, i estimaba como un gran triunfo personal, que le inundaba de noble júbilo, todo destello de intelijencia que descubria en sus alumnos.

Mui pronto se distinguieron entre los primeros de la Academia los jóvenes Manuel Mena, Luis Toro, Luciano Lainez, Vicente Falcon, Numa Plaza, José A. Castañeda, magnífico colorista que murió mui joven. Entre estos sobresalientes descollaban dos: Mena i Lainez. Habia tambien un joven araucano, llamado Pedro Churi, que sirvió de modelo para el Caupolican de Cicarelli.

En el primer concurso de composicion que

celebró la Academia, los dos rivales, Lainez i Mena, se disputaron el premio. El primero ejecutó un cuadro que representaba *la muerte de Abel*, i el segundo otro cuyo asunto era *David dando muerte a Goliath*. El cuadro de Lainez se distinguia por sus tendencias idealistas i ciertos atrevimientos anti-académicos; su dibujo era correcto; pero su colorido inferior al de Mena. En ámbos trabajos se notaban esas timideces temblorosas que caracterizan los primeros ensayos en la pintura; pero era evidente que los dos habian sobrepasado las exigencias de un primer concurso. Los temas no eran tampoco mui orijinales; pero, como primeros frutos de nuestro arte, llamaron la atencion de todos, hasta el punto que la Academia se dividió en dos bandos. Controversias vivas i animadas agitaban todos los dias las salas i talleres de la Academia. Se discutia el mérito de cada uno de los esponentes. El triunfo de Lainez en el concurso, en vez de apaciguar los ánimos, contribuyó a enardecer la lucha.

Smith figuraba entre los mas ardientes pole-

mistas, hasta el punto de provocar un lance personal que dió por resultado la eterna inclinacion de su nariz hácia la derecha, escarnio que sufrió con resignacion por amor a su arte. Pero Smith no peleaba estas batallas en obsequio de uno de los dos rivales, sino en defensa de sus propias doctrinas artísticas.

IX

Pronto comprendió Smith que nuestra escuela de pintura no daría al país ningún artista sobresaliente, sino mediocridades mas o menos infatuadas por una enseñanza llena de resabios, de falsas teorías, de resistencia a todo lo que era espontaneidad, imaginación i sentimiento. Cicarelli despreciaba el paisaje, estimándolo solo en mui poco cuando era una copia servil de la naturaleza. Nada de innovaciones i atrevimienos! I cosa estraña! Ci-

carelli no era realista; pero tampoco era romántico.

Cicarelli, seducido al principio por el talento i la imaginacion de Smith, por la emocion penetrante i la vida íntima que sabia dar a sus obras, le distinguió con su cariño. Durante algun tiempo se hizo la ilusion de hacer de él un discípulo que fuera «honra i prez» de la Academia. Miéntas duró esta creencia Smith ejerció en la Academia una especie de soberanía intelectual. Se tenia en mucho su opinion, se le consultaba i aun se seguian algunas veces sus consejos. Desgraciadamente su reinado fué efímero. El jóven alumno no pudo sofocar sus sentimientos, ni aun en obsequio de su conveniencia personal, i denunció ruidosamente, sin miedo i sin ambages, la incompetencia del maestro.

Smith comprendia que el arte era la representacion injénua e ideal de los sentimientos, i en aquellas telas frias i descoloridas de Cicarelli i sus alumnos, no encontraba ni siquiera un pálido i lejano reflejo de stas emociones.

nes. Esclavo de sus ideas, quedó mui pronto solo i abandonado en la lucha. ¿Quién podria seguirle en esa empresa comprometente? Solo uno que otro de esos espíritus que alimentan la eterna querella de lo verdadero i de lo falso en literatura i en arte como en relijion i en política. Para conseguir un cambio en la direccion de la Academia se necesitaba de un movimiento mas estenso, que los pocos hombres de gusto i de conocimientos, que eran mui raros, transmitieran sus ideas i sus impresiones a los hombres del poder, i esto no se obtendria fácilmente, por la poca importancia que se daba a la enseñanza artística.

Así, la Academia oscurecida en su aurora, envejecida en su infancia, habia hecho perder toda esperanza hasta a los mas entusiastas. Los que creian poseer alas bastante poderosas para remontarse solos por el cielo del arte, abandonaban pronto aquel estrecho espacio, falto de luz i de aire.

Smith, viendo desvanecidos sus ideales, convencido de que bajo la direccion de Cicarelli

no podria dar un paso adelante, i sí muchos hacia atrás, se retiró de la Academia, se retiró *insalutatu hospite*, sin anunciar su partida, i dejando por terminar un cuadro principiado que jamas reclamó. Parecia en esos momentos que su desencanto habia llegado hasta el punto de hacerle abandonar para siempre sus pinceles. Pero esto no era posible. Aquella naturaleza poética, aquel temperamento esencialmente tierno i soñador, tenia que volver algun dia a cultivar otra vez sus emociones, que constituian un lazo de asociacion con sus ideas, su carácter, su modo de ser habitual.

¿Qué haria el jóven artista mientras llegara esa reaccion? No era posible vagar eternamente de sueño en sueño i de quimera en quimera, sin fijar de alguna manera su incierto i dudoso destino. De improviso i sin vacilar tomó un dia su resolucio:n: se hizo oficial de caballería. Los que conocian los múltiples i cambiantes aspectos de su carácter, se rieron de esta estravagancia; i mientras sus amigos sentian esta determinacion, pues le creian perdido para el arte,

sus enemigos le hacian el blanco de sus punzantes sátiras. Smith dejó hacer a todos. Ni contentó a los unos ni castigó a los otros. Se limitó a pasear ostentosamente su talante i su uniforme, que por cierto no eran los del capitán Febo de Chateaupers.

X

Smith carecia de las cualidades necesarias para surjir en la milicia, escepto, talvez, el valor, que suponemos lo tuviera. ¿Quién podria imaginarse a Smith dando una carga de caballería? Parecia demasiado sensible para ejecutar semejante barbaridad. Por otra parte, esa transformacion repentina, no era el resultado de una conviccion sino de un capricho, de una esentricidad, de una locura que pasaria como pasan los deseos de los niños. Smith se habia

hecho oficial como se habria hecho fraile; tenia igual vocacion para la una como para la otra carrera, i si prefirió aquélla, no fué tanto por antipatía a los hábitos cuanto por odio al latin. Smith no estaba, pues, llamado a hacer fortuna en la carrera de las armas. Chile en paz con todo el orbe, no tenia desgraciadamente contra quién desnudar su reluciente espada. Los aceros se amohozaban inmóviles en sus fundas de metal.

Mui poco tiempo lució en Santiago su uniforme, el flamante oficial; pues luego se envió al sur la compañía de Granaderos a que pertenecía, para que formara parte del destacamento que en esa época (1853) guarnecia la ciudad de Chillan. Este cambio de clima operó en su vida una influencia mui poderosa.

La gran naturaleza del sur, los bosques seculares i los rios caudalosos impresionaron vivamente a Smith, que estuvo a punto de volver a tomar sus pinceles; pero se acordó de Cicarelli i no lo hizo. En esa vida tranquila de la guarnicion, volvió a recobrar su buen humor i su

imaginacion de otro tiempo. Se encontraba tan bien en ese apasible reposo, en esa ociosidad que le permitia contemplar a su antojo la naturaleza, que acabó por sonreirse i reconciliarse con su arte. Este feliz estado de su ánimo, le predispuso a otras impresiones mas tiernas.

Smith habia sido perfectamente recibido por la sociedad de Chillan. Sin ningun esfuerzo se habia atraido las simpatías de la juventud, i apesar de su carácter retraido i poco comunicativo, fué conocido i querido de todos.

En provincia se hace vida mas íntima que en la capital. Aquel mundo sin movimiento i sin espectáculos, mas reducido i estrecho que el nuestro, necesita, para no consumirse en el tédio, de estar mas en contacto i harmonía. Todos se ven i se hablan a cada momento, i de noche la tertulia reemplaza con ventaja a la comedia o a la ópera. De esta manera, el sueño eterno de aquella vida vejativa, tiene sus agradables desvelos.

Smith, que en la intimidad era bromista i

charlador ameno, se hizo pronto el huésped indispensable de uno de esos salones. Ya estuviera junto al piano o al rededor de la mesa del té haciendo la crítica de la vida santiaguina o de las costumbres provinciales, o la caricatura, sin malevolencia, de los que se encontraban en el salon, siempre su raro i orijinal ingenio mantenía la animacion i la alegría. Las damas chillanejas de esa época, conservan en sus álbums composiciones poéticas de Smith bastante inspiradas.

Fué tambien entónces cuando conoció a la jóven que poco despues hizo su esposa.

Queremos referir a propósito de esta pasion que debió ser violenta, una anécdota que caracteriza al hombre.

Smith, como oficial de granaderos, quedaba algunas noches encargado de la guardia del cuartel. Se sabe la tremenda responsabilidad que la Ordenanza Militar hace pesar sobre los que abandonan su puesto en semejante momento. Smith tenía un placer en correr inútilmente este peligro, i casi siempre que le tocaba la

guardia, abandonaba el cuartel i se dirijia a casa de su novia.

—Arriesgo mi cabeza, le decia, por el placer de verte.

I en esos momentos talvez se imaginaba ser uno de esos héroes de romance de que hablan las antiguas historias galantes. La fantasía de Smith se empeñaba en hacer de ese amor sencillo un idilio trájico.

XI

Como era lógico esperarlo, Smith avandonó pronto la carrera militar, en la que no habia encontrado los atractivos que se imaginó. Su vida de cuartel habia sido mas monótona todavía que su vida de la Academia, pues durante ella no se habia encontrado en ninguna batalla i ni siquiera se le habia formado consejo de guerra por el repetido abandono de su cuerpo de guardia, lo que era para él verdaderamente desesperante. Colgó, pues, su espada, como cuelga su lira un poeta desengañado.

Sin poder fijar su destino, estudiando hoy un ramo i mañana otro, viviendo al día, vagando incierto por las rejiones de sus ideales, Smith pasó así algunos años, eclipsado i sin hacer ruido, hasta, que en 1858 apareció *El Correo Literario*, redactado por José Antonio Torres e ilustrado por Antonio Smith.

El Correo no era, como lo indicaba su nombre, un periódico esclusivamente literario, sino tambien político; i esta última condicion fué la que le dió una popularidad como hasta entonces no la habia tenido en Chile ninguna otra publicacion. Es cierto que entre los colaboradores del *Correo Literario* figuraban nuestros mas célebres escritores, como los hermanos Arteaga, los Blest Gana i los Matta, Barros Arana, Isidoro Errázuriz, Vicuña Mackenna, Blanco Cuartin, Eduardo de la Barra, Martin José Lira i hasta el maestro de todos ellos, Lastarria, que publicó en el segundo número, sin su firma, un cuento político titulado *Peregrinacion de una vinchuca*, que tenia el sabor de una página de Laboulay. La parte literaria

del *Correo*, podia, pues, calificarse de brillante para aquella época; pero la parte política, que estaba encargada casi esclusivamente al lápiz de Smith, eclipsaba a aquella.

Smith principió su tarea ofreciendo al público su propia imájen en caricatura i la de su compañero de redaccion, José Antonio Torres, como para establecer así el sometimiento de los demas a una regla que no tenia ecepciones, i que siendo jeneral debia ser ménos dura i despótica.

Antes de entrar en el campo de la política, en que la crítica es mas acerada i cruel, por vivir sus hombres en las diarias luchas de las ideas o de los intereses personales, el lápiz de Smith hizo desfilas ante el público a los escritores i poetas colaboradores del *Correo Literario*. Entre esas caricaturas se recuerdan las de Guillermo Blest Gana, pulsando una enorme lira; la de Guillermo Matta, pidiendo inspiracion a ese invisible mundo de los espectros.

«¡¡Sombras, buhos, fantasmas, maldiciones,
Dad un tono de horror a mis canciones!!»

La de Eusebio Lillo, en la que se leía esta estrofa:

«Yo que canté las flores algún día,
Al grato ardor de tus celestes llamas
Me quedé con las hojas i las ramas.»

Desfilaron despues en este álbum de la crítica i del buen humor, Miguel i Gregorio Víctor Amunátegui, Hermójenes de Irisarri, Diego Barros Arana, Blanco Cuartin, Benjamin Vicuña Mackenna, que ha gastado despues los lápices de nuestros caricaturistas, Rafael Menvielle i otros muchos. Smith no se olvidó de su antiguo maestro, el primer director de nuestra Academia de pintura, a quien consagró uno de sus primeros recuerdos. Al pié de la caricatura de Cicarelli se leían estos versos:

»Llegó a estas bellas rejiones,
Un pintor que era un portento,
Mostró placas, distinciones,
I medallas por cajones;
Pero no mostró talento.»

Esta picante exhibición de nuestros literatos, atenuó en mucho el efecto de la caricatura política en el ánimo de las víctimas: Búlnes, Montt, Cruz, Varas, Ovalle, Urmeneta, los hombres de estado i los políticos de segundo orden, desfilaron uno a uno en aquella humorística galería i sufrieron los alfilerazos con resignacion, porque no se veían ultrajados. Lo grosero i lo grotesco no merecia la aceptacion de aquel espíritu fino i culto por excelencia.

La caricatura de Smith no era notable por el dibujo; al contrario, este se resentia de la falta de escuela, sino por la gracia i la idea, por el juicio rápido que daba de los hombres, por la inventiva sencilla i natural con que los caracterizaba. Muchas veces le bastaba una palabra, una frase, para retratar de cuerpo entero a sus personajes. De una palabra nació la caricatura de don Francisco Puelma i de una frase la de don Francisco Marin.—«Si, señor, yo hablo siempre con el corazon en la mano!» En un cuarto de siglo no se ha podido olvidar

esta frase. El artista lo ha hecho vivir con su personaje.

En la caricatura de Smith se notaba la union de la característica verbosidad inglesa i del delicado ingenio latino, como que ámbas sangres corrian por sus venas. De un detalle hacia un carácter. Artista zumbon i afable, siempre encontraba la forma inesperada i cómica para pintar una situacion. Sus pensamientos llenos de exactitud i de buen sentido, fueron los que dieron al *Correo Literario* su inmensa popularidad. Muchos hombres notables, muertos despues del *Correo Literario*, han sido olvidados; pero la obra pasajera de Smith, vive todavía i se la recuerda con alegría.

XII

El movimiento político que se efectuó en el mes de diciembre de 1858, dió lugar a la clausura del famoso Club de la Reforma e hizo tambien desaparecer *El Correo Literario*. Aquella tempestad que pronto arreció de una manera formidable, arrastró consigo, como el viento de otoño a las hojas secas, a todo el grupo de colaboradores del *Correo*, arrojando a muchos léjos de nuestras playas.

Algun tiempo despues, cuando sobrevino la

calma, reapareció *El Correo Literario*; pero ya no era el espiritual campeón de otra época; solo conservaba el título i a uno que otro de sus antiguos colaboradores. Su redactor en jefe, José Antonio Torres, habia muerto; i Smith, su ilustrador, habia reemplazado el lápiz por el pincel. En esta segunda aparicion, *El Correo* tuvo una corta vida. Reapareció por tercera vez en 1864 i volvió a morir a los pocos meses. Sus nuevos editores se empeñaban en darle vida a costa de su antigua popularidad.

Miéntas *El Correo Literario* agonizaba por falta de ingenio, Smith emprendia resueltamente su viaje hácia Europa. Este viaje habia sido el ideal de su vida; comprendia que si no cultivaba con algun esmero las dotes de su naturaleza, no alcanzaria nunca esa progresion intelectual de que era capaz, i sus obras no podrían ser sino brillantes imájenes, sueños i fantasías, pero ninguna verdad.

Con ese ardor que desplegaba al principio de todas sus empresas, Smith recorrió la Francia i la Italia, visitando los museos i a los gran-

des artistas de su jénero, impregnándose en esa atmósfera de lo bello que exitaba sus emociones. Vivía en los talleres, tomaba lecciones de los maestros i hacia cópias en los museos. En el Louvre copió un hermoso paisaje de Saal; pero como no quería pasar por un servil imitador, transformó el asunto del cuadro, que era una *puesta de sol*, en una *noche de luna*. Esta estravagancia llamó la atencion de los visitantes i el cuadro fué comprado todavía inconcluso i pagado como un buen orijinal. Tan fácil éxito le alentó, i como sus recursos financieros no eran de los mas abundantes, viajaba pintando i vendiendo sus cuadros. Pronto se aburrió de esta vida nómade, i se dirigió a Florencia, en cuya ciudad vivió un año, visitando casi diariamente el taller de Cárlos Markó, el gran paisajista romántico de la moderna escuela italiana.

Estos dos hombres que comprendían el arte de una manera tan semejante, se unieron en una estrecha amistad. Ambos eran poetas por naturaleza; desde el primer instante que sen-

tian una impresion, sabian trasladarla poéticamente a sus telas en pinceladas, que eran verdaderas estrofas. Smith no se dejó arrastrar sin embargo por su entusiasmo hácia el maestro i trató de conservar siempre su carácter i orijinalidad.

En el gran paisaje de Markó, *El valle de Florencia* i en el de Smith, *El valle de Santiago*, visto desde las alturas de Peñalolen, se puede juzgar al maestro i al discípulo. El primero con su riqueza imponderable de detalles, como un Bajá que arrastrara consigo un inmenso tren de objetos maravillosos; i el segundo con su sobriedad que llega hasta la pobreza de la composicion, confiándolo todo al sentimiento, a sus fondos que se pierden en el infinito i que hacen meditar i soñar, es como un jóven poeta mal vestido, pero que revela el jénio en su mirada.

XIII

Cuando Smith regresó a Santiago, en 1863, despues de cuatro años de residencia en Europa, encontró a la famosa escuela de Cicarelli en el mismo estado de atraso en que la dejó. La Academia no habia producido un solo discípulo que fuera una brillante esperanza para el arte nacional; lo que habia hecho perder a Cicarelli todo su antiguo prestigio. Su autoridad ya no se estendia mas allá de la esfera de los principiantes, el desencanto era

jeneral, la crítica le habia hecho el objeto de sus sátiras i el sarcasmo le habia hecho su idolo.

Fué en esta época desgraciada para el maestro, cuando M. Charton, un detestable pintor frances que residia en Santiago, le invitó por la prensa a un duelo artístico, que Cicarelli, herido profundamente en su vanidad, ni siquiera contestó. Charton pretendia suceder a Cicarelli en la direccion de la Academia, i envalentonado con el silencio de éste, se discernió a sí mismo los honores de vencedor, ponderando sus méritos i su gloria, i molestando durante mucho tiempo al desgraciado maestro. El mismo Gobierno, que es siempre el último en convencerse de la incompetencia de sus servidores, llegó a creer en la de Cicarelli, i envió a estudiar a Europa a los dos mas aventajados alumnos de la Academia, los señores Campos i Ortega, autor mas tarde este último de la magnífica *Laura* del Petrarca.

Al fin Cicarelli ya viejo, viviendo mas del misticismo relijioso que del arte profano, soli-

tario en su cátedra de enseñanza, no teniendo ya nada que esperar de la gloria, inició su expediente de jubilacion en 1868. Su hoja de servicios ya que no brillante habia sido larga. Durante cerca de veinte años habia estado al frente de nuestra Academia. El fué el primer maestro oficial que tuvo nuestro arte naciente, i a pesar de la esterilidad de su enseñanza, ha dejado consignado su nombre en la historia del arte nacional, en caracteres bien opacos, es verdad, pero que se leerán siempre.

XIV

El sucesor de Cicarelli en la direccion de la Academia de pintura, M. Ernesto Kirchbach, habia sido alumno de la Academia de Dresde, de cuya ciudad era oriundo. Despues perfeccionó sus estudios i desarrolló sus conocimientos en el taller del célebre Schnorr, en cuya compañía ejecutó los hermosos frescos del palacio de Munich. Cuando regresó a Dresde habia obtenido ya un nombre distinguido, lo que le valió se le confiara la decoracion de los salones de la galería de bellas artes.

Kirchbach abrió despues un taller en la ciudad de Lóndres, en el que enseñaba a numerosos discípulos. Su reputacion se acrecentó con el éxito que sus dos cuadros orijinales *Otello* i *Moises*, obtuvieron en una de las grandes esposiciones de la capital británica. Despues fastidiado por aquel cielo eternamente nebuloso, viajó por Italia i volvió a establecerse en su ciudad natal. Fué en esta época cuando nuestro cónsul jeneral en Paris, señor Fernandez Rodella, le contrató en nombre del Gobierno de Chile.

Bajo la intelijente direccion de Kirchbach, bien pronto se hizo notar el progreso de la Academia; el número de alumnos aumentó considerablemente, pues se incorporaron muchos jóvenes que estudiaban la pintura en talleres particulares.

El talento de Kirchbach era mas reflexivo que brillante i sus pinceladas mas sombrías que risueñas. Sus heroínas no pertenecian a ese mundo alegre i danzante que vive i se consume entre perfumes i flores, sino a ese otro

sombrio i misterioso en que se ajitan la ambicion, los celos, la desesperacion i el odio, todas las miserias del alma! Bajo esta influencia sombría ejecutó sus mejores obras: *La muerte de la princesa de Lamballe* i *Lady Macbeth*, que se distinguen por su correccion i la enerjía siniestra del colorido.

Kirchbach, activo i empeñoso, estimulaba el trabajo, ejecutando sus mejores cuadros en medio de sus alumnos. Con estas lecciones prácticas realizaba una completa transformacion en nuestra vieja enseñanza. La Academia moribunda se reanimaba i entraba de improviso en una vida que podríamos calificar de brillante.

XV

Frente a la Academia rejuvenecida i triunfante se alzaba el modesto taller de Smith, concurrido por los mas aventajados discípulos de Kirchbach que iban ahí en busca de esa iniciativa picante, poética, imprevista, que refrescaba la fantasía despues de una pesada tarea. Los que terminaban en la Academia una figura sombría, una bruja, un demonio, un verdugo, un político o un nécio, se dirijian despues al taller de Smith a pintar un cielo, un

claro de luna, un rayo de sol. El estudio del paisaje se hizo de moda. Casi todos los que como Pedro Lira, Nicolas Guzman, Cosme San Martin, Alberto Orrego, Alfredo Valenzuela, Pedro Leon Carmona, siguieron despues rumbo distintos en el arte, principiaron por el paisaje. Solo uno, Onofre Jarpa, el mas brillante de los discípulos de Smith, permaneció fiel a esta especie de tradicion, de homenaje rendido al maestro nacional.

Aquel taller no era sin embargo una colmena; la laboriosidad i el estudio no fué jamas una virtud en Smith, que como se sabe solo trabajaba cuando estaba de *buen humor* o cuando las necesidades de la vida lo urjian demasiado.

Cuando llegaba ese momento, i segun lo ha referido un crítico, «Smith se sentaba frente de su caballete, tomaba sus pinceles i formaba sus colores; luego se reconcentraba un instante i aparecian vagamente las formas de sus hermosas montañas, sus aguas transparentes i sus cielos brillantes.» Otro de sus críticos,

Pedro Lira, nos ha dicho: «Su sentimiento poético, su gusto delicado en la ejecucion de la obra, su habilidad en el manejo de las tintas transparentes, del cielo i de los léjos, llegan a establecer cierta especie de magnetismo, del que difícilmente escapa aun el observador intelijente.»

Si la composicion era sencilla i de pequeñas proporciones, el trabajo no pasaba de tres o cuatro horas, pues su pincel aprovechaba solo del instante en que vibraba en su alma la emocion poética. En sus mas grandes paisajes jamas empleó mas de ocho dias. Fué ese el tiempo que demoró en pintar el espléndido cuadro *Puesta de sol en los Andes*, que obtuvo el primer premio en la esposicion de 1875.

Esta rapidez en la ejecucion esplica la naturaleza de su arte, que no era el resultado del estudio profundo sino de las inspiraciones de su propio ser. Su pincel no se detenia a estudiar el carácter de una montaña o de una roca, sino que recojia los sonidos, los colores,

las luces, las armonias, todos los caprichos fugaces de la naturaleza, dándoles formas tan tiernas i espresivas, que el alma se conmovia contemplándolas. De aquí provenía que Smith, a pesar de su poderosa personalidad, no fuera un artista subjetivo. Recibia sus emociones de la naturaleza i las devolvía mas brillantes, mas poéticas, mas ideales. No estudiaba ni profundizaba, sino que cantaba a la creación. De aquí tambien provenía la reproduccion incesante de sus composiciones. Sus *noches de luna*, sus *puestas de sol*, sus *mañanas nubladas en el mar*, son siempre las mismas con pequeñas variaciones. Miraba poco a la tierra i demasiado al cielo. Por eso sus horizontes eran sin fin i sus cielos infinitos; pero en sus detalles era desacertado, i cuando ya fatigado llegaba al término de su tarea, casi siempre dejaba inconclusa su obra. A sus mas bellas composiciones les faltan las últimas pinceladas maestras; rara es su obra completa. Sus cuadros son asuntos para poemas; pero no son poemas.

XVI

De 1868 a 1876 fué la época de la gran popularidad de Smith: vendia todos sus cuadros al precio que él les señalaba; desgraciadamente nunca les señaló el valor que tenían. Demasiado humilde, como lo es siempre el mérito verdadero, habria estimado como un acto de vanidad digno de censura, el hacerse pagar mejor.

Los aficionados se disputaban los cuadros de Smith; todos querian poseer un trozo de

nuestra hermosa naturaleza tan poéticamente reproducida. Esos cielos transparentes, esos bosques tan tristes, esas noches de luna llenas de poesía i de amor, encantaban a la juventud. Era ella tambien la que compraba con preferencia sus cuadros, como que era la que comprendia mejor el alma del artista. Mas tarde algunos opulentos llegaron a golpear a las puertas de su taller. Ellos saben que a pesar de su pobreza Smith los obligó a hacer antesala.

Tenia lo que nadie tiene hoy i lo que se hace mas raro cada dia, esto es, un profundo desprecio por el dinero: amaba mas el ruido de un aplauso que el que pudiera hacer todo el oro del mundo cayendo en una cascada.

Cuando se vé a ese tropel loco, frenético, que todo lo atropella e invade en busca del dinero, cuando se vé a esa multitud bulliciosa que recorre las calles, penetra en los escritorios i en los bancos llena de emocion i de zozobra porque las acciones han bajado o el interes del dinero ha subido, cuando se vé

a esos hombres que tienen una angustia cada hora, uno no puede ménos de mirar con cierto asombro a esos espíritus jenerosos, que permanecen impasibles en medio del jeneral arrebatado de la codicia, i que ven pasar esa tempestad humana tranquilos, cruzados de brazos, compadecidos talvez de tanta miseria!

Esos hombres nacidos especialmente para el arte, que sueñan despiertos en medio del ruido i de los rayos del sol, son siempre así, indiferentes, distraídos, escentos de toda ambicion que no sea la de la gloria. Las jentes que no comprenden la existencia de semejantes seres, los califican duramente i estiman de «egoismo criminal» lo que es solo una condicion jenerosa de su naturaleza. Muchas veces son rechazados i condenados sin ser oídos. Entónces principian las caidas. ¡Cuántos que vivian en las nubes han bajado de cabeza i se han despedazado sobre el pavimento! La historia de los jenios está llena de estos ejemplos. Querer dar a los que ven fantasmas i visiones a la luz del dia, a

los que llevan en su cerebro el argumento de un poema, los gustos i las inclinaciones vulgares de la multitud, es querer que todos los hombres estén al mismo nivel. El que tiene frente de su vista los contornos de una estatua que cree va a darle la gloria, no tiene tan espedito el camino de la vida como el que va sencillamente al banco a cobrar un cheque para mantener los placeres de su mesa.

XVII

Smith pertenecía por naturaleza a esos soñadores; sus gustos, su pereza que llegaba hasta la indolencia, su misma descuidada educación intelectual, lo arrastraba a esa vida en que es tan fácil descender.

Se imaginó talvez que el talento era suficiente para abrirse el camino de la vida; i cuando se encontró delante de obstáculos fáciles de salvar, su indolencia los estimó insuperables i retrocedió desalentado. Un esfuerzo

cualquiera le habria sido bastante para vencer; pero su espíritu estenuado por ensueños fantásticos, no le comunicó el aliento necesario. Entónces se dejó arrastrar por la corriente. ¡Ai! ella le llevó demasiado léjos! Impaciente i ciega le condujo por esos senderos del sufrimiento que perdieron a Alfredo de Musset i Edgard Poe.

¡Ah! no hubo nada que le detuviera! Ni el arte con todas sus bellezas, ni la naturaleza con todas sus frescuras, ni el amor con todas sus sonrisas. La terrible hada le hizo volver las espaldas hácia el porvenir i le obligó a alimentarse del pasado. El sentimiento de lo bello no se borró de su corazon marchito; pero se debilitó profundamente, i de su pincel envejecido ántes de tiempo, ya no brotaban esas magnificencias de la naturaleza, alumbradas por el mas ardiente sol de poesía que ha resplandecido entre nosotros....

XVIII

De unas páginas inéditas, que talvez algun día verán la luz, tomamos este final de la vida de Smith:

Mayo 25 de 187.

Ayer he perdido a un antiguo i querido amigo, tanto mas querido cuanto que era un hombre de jénio i un hombre desgraciado.

Es uno de los primeros golpes de esta naturaleza que recibo. Es esto lo que tiene de mas terrible el envejecer. Mientras mas nos acercamos al gran viaje, mas solos hacemos la jornada. No solo se hace el vacío en nuestra alma sino tambien a nuestro alrededor.

Yo no creí nunca en su cercano fin; le habia visto otras veces luchar con la muerte i vencerla. Ademas no podia convencerme que la muerte pudiera devorar tan rápidamente una existencia vigorosa. Creia que llegaba lentamente, paso a paso, que se hacia esperar i hasta desear; pero la verdad es que no siempre hace antesala.

Habia conversado con él largamente. Su charla no habia perdido nada de su ironía i espiritualidad característica.

—Querido amigo, me dijo, estoi de viaje al mundo de los mas bellos paisajes. ¡Lástima que no pueda pintarlos i venderlos a mis compatriotas que tanto los estiman!

I despues de un momento de silencio, añadió:

—Toda mi fortuna se la dejo a Ud. Esa fortuna es mi paleta i mis pinceles; guárdelos como un recuerdo del amigo que tan profundamente lo ha estimado.

Le dí las gracias i le estreché la mano, i como le creia fatigado le dejé tranquilo. Su esposa se habia acercado a su lecho.

En la tarde de ese mismo dia, un amigo me dijo en la calle:

—¿Sabes la noticia? Ha muerto Smith! No presté completo crédito a la triste nueva i me dirigí a su casa. Era cierto. Habia muerto una hera despues de mi partida, tranquilo, casi indiferente, sintiendo solo vagos dolores que se calmaban a fuerza de soporíficos; pero sin manifestar el menor espanto, sin ninguna agonía. Habia concluido como una luz que se apaga de un soplo.

El cadáver estaba ya frio i yerto. No surcaba por esa cabeza, que tantas veces iluminó la inspiracion, ninguna de esas tiernas i poéticas concepciones de que nos ha dejado copias inmortales. Un amigo, un artista como él, un

escultor célebre, una gloria nuestra, Nicanor Plaza, se preparaba a estender una capa de yeso sobre el rostro del difunto para sacar su máscara.....

